
Viajar y contarlo

Estrategias narrativas
del escritor viajero

Juliana González-Rivera



ÍNDICE

Introducción.....	11
El viaje siempre es noticia	17
La crónica, un lugar de encuentro	29
Si es útil, es informativo	37
Cartas, diarios y <i>carnets</i> : el soporte como pacto.....	45
El viaje en seis preguntas.....	57
¿Miente el viajero?	61
Querer ser digno de crédito.....	69
Un lector que decide	89
¿Envejece el relato de viaje?.....	99
El viajero como traductor	113
El viajero como testigo	131
La imagen verosímil: fotos, mapas y dibujos	151
Un diálogo entre lo lejano y lo cercano.....	173
Sobre la bibliografía	181
Notas	183

INTRODUCCIÓN

Se escribe como se viaja, con una certeza: los puertos a los que llegaremos no serán lo que imaginamos. El camino estará lleno de dificultad, de incertidumbre. Pero cuando el viaje y la escritura responden a un modo de estar en el mundo, a un espíritu y una necesidad más que a una acción, no dudamos en ponernos en marcha. El destino, aunque distinto, no defrauda. Es el caso de este libro.

Viajar y contarlo es, posiblemente —en el viaje nunca se sabe—, la última etapa de una andadura que comenzó hace diez años. Descubrí la expresión «sentir de golpe el viaje» en *Ciudadela*, el experimento literario inacabado de Saint-Exupéry, y me reconocí en esa sensación que tuvo el escritor y piloto una noche en medio del silencio del desierto del Sahara, la misma que cientos de viajeros y viajeras en todas las épocas habían tenido en algún momento de su trasegar. Supe así que viajar es una emoción que va más allá del acto mismo de irse. Tiene que ver con el desarraigo, la soledad. Con un deseo profundo de comprensión. También con la carencia. Y sin entender muy bien las mías, comprendí que solo en el movimiento podía ir encontrando algunas pistas. Viajar es buscar. Entonces empleé la última década en marcharme, tantas veces que perdí la cuenta —ir y volver son dos palabras que rápidamente pierden sentido para quien se ha ido tantas veces como ha vuelto—, y asimismo en leer a esos que como yo han buscado en el movimiento lo que no podían hallar en la quietud.

Pero mi ser viajero no tiene que ver con la errancia, sino con el entendimiento. Soy periodista y también profesora —profesiones que ejerzo para intentar comprender y así poder transmitir luego a otros aquello que creo que es importante, que conmueve, inquieta, que es digno de atender y admirar—. Por eso el resultado de mis viajes y sus lecturas no podía ser otro que un libro. O varios. En principio fue una tesis doctoral, dirigida por mi gran amigo y maestro Pedro Sorela, también escritor viajero, pero luego aquel marco teórico se convirtió en *La invención del viaje* (Alianza, 2019), un libro con el que me embarqué en la bonita quimera de escribir una historia del viaje y su relato, así como

de explicar el sentido y el espíritu del viaje en cada momento de la historia, ese que evoluciona de la necesidad de desplazarnos para sobrevivir o para luchar y conquistar a otros, a la búsqueda de la libertad que desde el siglo XVIII se impone como motivación principal para movernos.

Pero esa tesis tenía un propósito adicional, producto de una intuición que surgió con las lecturas: los viajeros inventan el mundo para los que se quedan en casa, suya es la verdad o la ficción con la que creemos conocer a los demás mientras comprobamos si aquello que nos han dicho es cierto o falso. «La noticia de la lejanía se le confía al viajero», leí en *El narrador* a Walter Benjamin, y mi ser periodista intuyó que el origen de mi profesión podía estar en el desplazamiento. Heródoto, Julio César, Marco Polo, Cristóbal Colón, Mary Montagu, Edith Wharton, Isabella Bird y tantos otros fueron afianzando esa idea. Y me dediqué a intentar sistematizar ese hallazgo, a entender cómo los viajeros de todas las épocas han informado de esa lejanía de la que hablaba el pensador alemán. ¿Cómo se cuentan los viajes? ¿Qué estrategias narrativas usaron y siguen utilizando los que se van y lo cuentan para persuadirnos de que su travesía o aventura es cierta, tiene valor y merece ser contada? ¿Están realmente los relatos de viaje en el origen y evolución del periodismo, de la crónica y el reportaje? Ese es el puerto desconocido al que me refería al comienzo, allí donde no sabía que me llevaría este trasegar de diez años. De esto se trata *Viajar y contarlo*.

Desde siempre, quienes han cruzado las fronteras de su territorio han regresado para contar lo que hay al otro lado, más allá de la pradera, en los mares, los picos de las montañas, oasis y desiertos, imperios o aldeas, la Tierra y la Luna. Los viajeros han contado sus gestas diciendo unas veces la verdad, otras no tanto, y ha dependido de sus receptores calificar esos relatos de ciertos o falsos: «Indague en las razones que los escritores pueden tener para engañarse a sí mismos, para engañarle a usted. Sea crítico: de lo contrario sucederá que acabemos dándole a la mentira y a la verdad el mismo grado de autoridad».¹

Porque la verdad de los narradores de viajes siempre es incompleta. A veces mientan a propósito —como los marineros de la Segunda Era de los Descubrimientos que aseguraban haber visto gigantes en la Patagonia—, pero otras engañan o falsean sin intención: sus ideas previas, la ignorancia respecto a las tierras que visitan y los obstáculos inherentes a todo recorrido los llevan a contar una versión parcial o equivocada del mundo.

Sin embargo, este libro no intenta hacer un catálogo de mentiras ni develar impostores —ya lo hizo con éxito Percy G. Adams en su libro *Travelers and travel liars* (1980)—, sino determinar cómo informa el viajero, qué lo lleva a mentir cuando lo hace y si, a pesar de su mentira, informa. Se trata de identificar cómo las técnicas que ha utilizado el narrador de viaje desde el inicio mismo de la narración nos prueban que la información y la ficción nacieron juntas,

fueron construcciones simultáneas. Y así como Adams desenmascaró a los viajeros mentirosos y demostró, de paso, la importancia del relato de viaje en el origen y la evolución de la novela,* *Viajar y contarlo* explica cómo esta escritura también está en el nacimiento y desarrollo de la profesión periodística, por su condición referencial, su descripción de escenarios, de experiencias reales, y sus técnicas afines a lo que hoy entendemos como periodismo.

Los textos de viaje tienen, por lo general, un doble carácter: son informativos, porque los aceptamos como testimonio necesario y fuente de conocimiento del mundo, como parte de la historia y la geografía —no podemos prescindir de las primeras explicaciones de Cristóbal Colón sobre América, aunque hable de sirenas que en realidad son manatíes—, pero son asimismo literatura, en cuanto que los viajeros se valen siempre del arte de la ficción —en el sentido en que lo entendía David Lodge**— para dar su parte de la realidad. Como explica Luis Alburquerque, son textos peculiares que privilegian al mismo nivel dos funciones del discurso, la representativa y la poética:

Son libros de carácter documental, cuyas referencias geográficas, históricas y culturales envuelven de tal manera el texto que determinan y condicionan su interpretación; pero a la vez, su carga literaria es indiscutible [...] y se apartan del dato puro para llamar la atención sobre el mensaje mismo.²

Por eso cuesta tanto definir esta escritura, así como considerarla un género narrativo con entidad propia. Quizá porque, como dice Lorenzo Silva, «la literatura es un dominio de la imaginación, y la imaginación tolera mal las fronteras y las definiciones».³ Históricamente, no se consideró un género literario porque estaba fuera de los cánones de la retórica clásica (la lírica, la épica y el drama). Se abordaba como una escritura transversal de la que Flaubert llegó a decir: «El género Viaje es, por sí mismo, un asunto casi imposible».⁴ Y como él,

* En su libro *Travel literature and evolution of the novel* (1983), Percy Adams asegura que la novela, que emerge entre los siglos XVII y XVIII, fue desde el comienzo un organismo insaciable, en evolución, que se nutrió de otros géneros para su formación, entre ellos de la épica, el romance, la historia —en sus múltiples formas de narrativa factual: autobiografías, memorias, cartas, etc.—, el drama, el periodismo y, especialmente, la literatura de viajes. El viaje picaresco, el de formación y los textos de viajeros de todo tipo —escritos por soldados, misioneros, hombres del mar, embajadores y conquistadores— contribuyeron al desarrollo de la novela, a tal punto que, en su opinión, la prosa de ficción y el relato de viaje evolucionan de manera simultánea, se adeudan entre sí y por lo general se asemejan en forma y contenido.

** *El arte de la ficción*, publicado por primera vez en 1992, es un conjunto de artículos de crítica literaria en los que Lodge analiza, a partir de fragmentos de obras clásicas o modernas, aspectos narrativos como el narrador omnisciente, la novela epistolar, el tiempo, el realismo mágico, el simbolismo, el narratario y la ironía, entre otros.

muchos han asegurado que no se trata de un género, sino de un conjunto de textos muy diverso, de ficción y no ficción, cuyo tema principal es el viaje y que está en el origen de la novela moderna, así como en el auge de la autobiografía y la autoficción. Se habla de escritura mixta, híbrida, pariente de la geografía y la historia, cercana a la novela por su carga subjetiva y testimonial porque involucra la experiencia del autor. Un género en permanente evolución que se nutre de otras formas literarias que al mismo tiempo alimenta.*

Los libros de viaje se suelen clasificar por su formato (si es diario, carta, narración o poema épico, etc.) o por la época en la que fueron escritos —hay estudios sobre el texto de viaje en la Antigüedad, el Medievo, el Siglo de las Luces, la Era de los Descubrimientos, el Romanticismo, la Modernidad, la Era Industrial y la posmodernidad, y cada momento se asocia, a su vez, con distintas motivaciones para emprender el recorrido—. Otra taxonomía habitual es la temática: el viaje de formación, de búsqueda, peregrinación, exploración, descubrimiento; el alegórico, imaginario o interior; la huida, migración, aventura, travesía épica, saqueo, conquista, viaje ocioso, y el del periodista. Pero esas categorías son apenas una aproximación. Un relato puede pertenecer a varias épocas, motivos y formatos. Los temas se confunden y se solapan.

Por eso, más allá de clasificaciones y de los niveles y las funciones del discurso, *Viajar y contarlo* se interesa por el cómo, de qué manera escribe e informa el narrador viajero. El viaje está en el origen del conocimiento, es producto de la experiencia y por eso es objeto —y sujeto— de información. El viaje es fuente, es un hecho noticiable y, en su momento, es actual, pertinente, escrito por alguien que se siente en el deber de contar una experiencia singular. El viaje siempre es noticia. Así, este libro analiza las estrategias narrativas que dotan de verosimilitud el relato de viaje y sus características como texto informativo: su obsesión por ser objetivo y fiel a las fuentes, su preocupación por ser preciso y por la vigencia de sus temas, la abundancia de descripciones, su condición de testigo, el uso de formatos y soportes verosímiles —como cuadernos de apuntes, diarios o cartas—, así como de recursos de apoyo —mapas, fotografías y dibujos—, su método comparativo en aras de la claridad y el manejo informativo de los títulos y las entradillas. Porque el texto de viaje se construye casi siempre bajo los mismos fundamentos de una pieza noticiosa. El viajero quiere comunicar una imagen del mundo, informar, que le crean y ser comprendido. Por eso se vale de recursos retóricos que funcionan como estrategias de verosimili-

* John Tallmadge, en su libro *Voyaging and the literary imagination* (1979), fue uno de los primeros en hablar de una «poética del relato de viaje». Utilizó el término «poética» para definir lo que llamó «literatura de exploración»: un género perteneciente a la historia, cuyos textos pueden ser imaginarios, históricos o de carácter documental, pero en los que el argumento responde a un viaje real.

tud, pero de ellos brota, al mismo tiempo, la condición documental de este género narrativo.

Aun así, aunque se trate de información, en este libro se utilizan las expresiones «relato», «escritura» y «literatura de viaje», no «crónica de viaje». Hablar de «crónica» limitaría los ejemplos a este género periodístico. El libro tampoco se ciñe al denominado «periodismo de viajes», en la medida en que aborda esta escritura en términos generales, e históricamente la mayoría de los relatos viajeros no se han considerado periodismo o no entran en esa categoría. Aquí interesan tanto los textos sin pretensión de estilo como sus contrarios; viajes reales, testimoniales o literarios. Cualquiera «donde “relato” es el aspecto formal y el “viaje”, el eje temático».⁵ Entiendo «literatura» en sentido amplio, no como término exclusivo para la ficción, como suele confundirse, y la idea es que las conclusiones propuestas sean válidas para unos y otros textos.

Viajar y contarlo parte de los orígenes del género, con el *Poema de Gilgamesh*, y encuentra ejemplos en la gran literatura del mar y los textos que nos hablan de los héroes, dioses y hombres que viajaron en las civilizaciones antiguas. Pasa por los relatos medievales de los mercaderes, comerciantes, embajadores, caballeros y peregrinos, con sus descripciones de Oriente o las tierras del Gran Kan, así como sus guías a los lugares santos, bestiarios y *mirabilia*.^{*} También por los cientos de textos que produjo el descubrimiento de América y la Segunda Era de los Descubrimientos, cuando los marineros y los piratas fueron quienes nos contaron el mundo. Del Renacimiento a don Quijote; de los viajes de Voltaire, Locke, Descartes, Rousseau y Montesquieu, al *Grand Tour* y el Siglo de las Luces; de los románticos a los posrománticos; de Flaubert y Nerval en Oriente a Stendhal o Dumas en Italia y España; de la modernidad y la Revolución Industrial —con sus trenes, globos y otros avances científicos que revolucionaron el viaje— a los grandes exploradores del siglo XIX y comienzos del XX que nos descubrieron el corazón de África, pero también nos hicieron testigos del colonialismo. Hay citas de los corresponsales de prensa que narraron las grandes guerras y testimonios del exilio. Y otros ejemplos vienen de los textos que produce el turismo de masas, incluso las formas del relato contemporáneo que emplean las nuevas narrativas digitales —redes sociales, 360, transmedia, realidad virtual y aumentada— para contar el mundo.

Esta amplia revisión bibliográfica permite un enfoque novedoso dentro del campo de estudio: es la primera vez que se propone una sistematización de las estrategias narrativas del escritor de viajes y la retórica de su discurso, sus técnicas de verosimilitud y persuasión. Si distintas investigaciones han supuesto

* Aquellos hechos extraordinarios, maravillosos o objeto de asombro de los que dio cuenta la literatura y los relatos de viaje en la Edad Media: fenómenos sobrenaturales, formas extrañas de la naturaleza y seres excepcionales, monstruosos o de extrema belleza.

un avance importante para establecer la poética del relato de viaje, *Viajar y contarlo* quiere aportar en la defensa de su condición documental a partir del estudio de su retórica y su pragmática como género con entidad propia. Es precisamente su carácter verosímil lo que consigue que el género pueda parecer y, sobre todo, ser información. Ahí comienza este viaje.

EL VIAJE SIEMPRE ES NOTICIA

Lo fácil es decir que mienten. Es sencillo acusar a Flaubert de equivocarse en las medidas de la Gran Pirámide de Keops en la crónica de su viaje a Oriente, a Heródoto de «contar la historia como un aedo cuenta un mito» —como intentaba descalificarlo Plutarco— o a George Sand de describir, desde sus prejuicios de señora francesa, a los habitantes de Mallorca. Sí, Estrabón falló en su *Geografía* —para él, no existía el mar Báltico—, Marco Polo dijo que había hombres con cabeza de perro en Oriente y no mencionó la ceremonia del té ni la muralla china. A cualquiera se le puede pillar en una falta, una exageración o falsedad. El engaño y la desinformación se camuflan en la ignorancia, la hipérbole, la manipulación, la ceguera o el plagio, también cuando se engrandecen personajes y hazañas, o en falsos diarios y memorias.

Pero en este libro interesa menos su mentira y más su verdad. Los viajeros no suelen mentir a propósito y si lo hacen es porque caen en la tentación de confiar en una fuente que a su vez mentía, por ingenuidad al reproducir una falsa leyenda, para no aburrir a los lectores con datos escuetos o porque consideran que su invención puede ser una metáfora edificante, capaz de decir más que una descripción pormenorizada. Es cierto que ha habido grandes equívocos en la historia del viaje. En el siglo XVIII, por ejemplo, corrió mucha tinta sobre la presencia de gigantes en el Cono Sur. Algunos personajes llegaron a la *Enciclopedia Británica* y nadie detectó durante décadas que eran falsos, e incluso esta escritura ha promovido graves prejuicios sobre cientos de lugares —como España que, gracias a la Leyenda Negra que ayudaron a tejer los viajeros de la Europa del Romanticismo, se convirtió en tierra de moros, bandidos y gitanos, mujeres fatales e inquisidores, como Torquemada.

Esas narraciones, aunque condicionadas por el imaginario del autor y la época, también estaban cargadas de información, datos geográficos, cuadros de costumbres y descripciones de la riqueza natural y cultural. Por eso, aquí no interesa tanto el resultado como el propósito: si el viajero informa o desinforma es una consecuencia, pero *dar noticia y entender para comunicarlo* han sido dos de las principales motivaciones de esta escritura. El relato de viaje es infor-

mativo por definición, aunque se presente como ficción o deforme una realidad. El viajero cuenta su imagen particular del mundo, que no por personal ha resultado históricamente menos informativa. Su valor documental está por encima de las cualidades literarias. Quien se desplaza tiene en su haber una experiencia novedosa, de interés público. El viaje es la noticia. Es, en sí mismo, un hecho informativo, y la información es también un viaje: existe en la medida en que alguien la produce y luego se recibe, uno como punto de partida y otro como puerto de llegada. El viaje es la comunicación.

Los viajeros están en el origen de la información entre otras cosas porque el desplazamiento le ha servido al hombre para llegar hasta las noticias. En todas las épocas, los que han ido y han vuelto para contarle han respondido a esa función primera del periodismo de recolectar, sintetizar, jerarquizar y dar cuenta de todo aquello que tiene interés para los miembros de una comunidad. Han sido testigos de la historia; corresponsales, cronistas y reporteros; racionales en la recolección de datos y románticos en la contemplación de la naturaleza. Durante siglos, mientras perfeccionaban sus técnicas y estrategias de verosimilitud, desarrollaron lo que hoy se conoce como periodismo narrativo. Al dibujar y hacer fotografías le otorgaron a la imagen su dimensión periodística. También inauguraron, de algún modo, los reportajes vividos. Entrevistaron *in situ* a los Otros para contrastar lo que habían oído decir sobre ellos, buscaron el color local para ambientar sus historias y recurrieron a los datos, la primera persona, la duda, el testimonio y la palabra justa, pero también a la fantasía, la exageración, el prejuicio y el plagio, informando la mayoría de las veces, otras desinformando. Ellos dotaron de sentido el mundo que se hallaba fuera de sus fronteras.

El periodismo empezó, como dice Paul Theroux, con el relato del primer nómada que tras una expedición regresó y dijo a los suyos, reunidos junto al fuego: «Esto es lo que vi». Les trajo la primera noticia del exterior, de lo raro, lo extraño, lo bello y lo chocante, cuentos de bestias y otras gentes: «¡Son iguales que nosotros!» o «¡No se nos parecen en nada!», pudo haber dicho.¹ Por eso el viaje, la información, la crónica y el periodismo tienen una relación antiquísima que se remonta a los primeros signos de la evolución del pensamiento y a esos chasquidos con los que nuestra especie, viajera desde el origen, comunicó la noticia de sus primeros desplazamientos:

Hace miles de años un antepasado nuestro se elevó sobre sus extremidades inferiores y miró al horizonte. Cuando se preguntó qué habría más allá de aquellas colinas, o de aquella selva o de aquel río, estaba dando inicio a una aventura que está muy lejos de haber terminado [...]. Aquel primate iniciaba un camino incierto, lleno de peligros, pero también de apasionantes emociones y descubrimientos.²

«El lenguaje evolucionó como un medio para compartir información sobre el mundo», dice en *Sapiens* el historiador Yuval Noah Harari. Y la supervivencia de nuestra especie dependió durante milenios —desde la última glaciación y la revolución cognitiva hace setenta mil años hasta la revolución agrícola del Neolítico— de los desplazamientos y la información que esos primeros grupos humanos obtenían tras recorrer el entorno, que luego gracias al lenguaje comunicaban. Como explica también Harari, los cazadores-recolectores viajaban en busca de comida y refugio, en función de las estaciones o los ciclos de crecimiento de las plantas, u obligados por condiciones adversas, pero también lo hacían buscando afanosamente el conocimiento: para sobrevivir necesitaban el mapa detallado de su territorio, conocer cómo crecían los frutos y las costumbres de cada animal. Precisaban saber qué alimentos eran nutritivos, cuáles los enfermaban y con cuáles podían curarse. Vislumbrar los indicios de la inundación o la sequía. Y por eso, con sus viajes, estudiaban cada río, cada árbol, cueva de animal o yacimiento en las inmediaciones. Ellos conocían su medio y el mundo natural mucho mejor que nosotros, porque lo necesitaban.³ Así, antes de que aparecieran las hojas manuscritas o impresas que contenían lo que hoy conocemos como noticias, existía la necesidad de informar y comunicar lo que ocurría dentro y fuera de su territorio. Y quienes lo hacían eran, por lo general, gente viajera.⁴

La historia del viaje y su relato también es la del origen y la evolución del periodismo y la actividad informativa.* Cuando aparecieron las primeras civilizaciones y, con ellas, la escritura, lo que contenían las tablillas mesopotámicas eran datos y noticias: cuentas y bienes, listados de gobernantes y alianzas, usos y costumbres, indicaciones sobre territorios vecinos e informaciones necesarias para la estabilidad de los imperios. Se almacenaban en lo que hoy entendemos como las primeras bibliotecas, pero también circulaban, en tiempos del último gran monarca asirio, Asurbanipal, a través de una especie de correo exprés, validado con sellos reales, que permitía el tránsito de la información de un lugar a otro. Por esas vías viajaban asimismo bienes y productos diversos, procedentes de territorios que se extendían desde la costa este del Mediterráneo hasta el golfo y la corte de Nínive.

En el antiguo Egipto, papiros, pinturas y grabados en las paredes de templos y tumbas conservan las narraciones de itinerarios reales e imaginarios. Ellos fueron los primeros en documentar los viajes y en registrar la flora, la fauna y los materiales desconocidos que se hallaban más allá del Nilo, en el país de Punt o en la costa africana sobre el Índico.

* Vid. GONZÁLEZ-RIVERA, Juliana (2019): *La invención del viaje. La historia de los relatos que inventan el mundo*. Madrid, Alianza.

Los griegos, hombres curiosos y caracterizados por el deseo de exploración, gestaron la épica, la epopeya, las primeras geografías y los relatos utópicos con el viaje como telón de fondo, «que ya contenían todo lo que hay que saber acerca de la intensidad de la vida».⁵ La *Odisea* de Homero es viaje como lo son las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas, la *Historia* de Heródoto —que viajó para comprobar lo que se decía sobre otros pueblos— y la *Anábasis* de Jenofonte, la crónica en la que el militar contó su travesía hasta Persia en compañía de otros diez mil soldados al servicio de Ciro el Joven, para derrotar al rey Artajerjes. Entonces, también aparecieron los *periplos* —textos llenos de viaje y noticias diversas: nombres de pueblos costeros, indicaciones geográficas, puertos, ríos y apuntes sobre sus pobladores—, y es famoso el de Escílax de Caríanda, el primer autor que, en el siglo VI a.C., convirtió la India en una tierra de prodigios, monstruos y seres maravillosos. Los paradoxógrafos viajaban para recoger datos y curiosidades, haciendo listas de todo aquello que merecía el calificativo de «asombroso» o «fuera de lo común». Eratóstenes y Ptolomeo se basaron en los desplazamientos de los comerciantes para escribir sus tratados. Plutarco informó sobre Egipto. Piteas, sobre el norte de Europa, y los cronistas de Alejandro Magno, como Arriano y Nearco, trajeron crónicas del golfo Pérsico y la cuenca del Indo.

En Roma, el viaje fue el esquema narrativo de la *Eneida* de Virgilio y de las *Metamorfosis* de Ovidio, así como de sus *Cartas del Ponto*, en las que narró la tristeza de su exilio y el anhelo de volver. Y es la base de *La guerra de las Galias*, esa narración que Julio César enviaba por entregas a Roma no solo para dar cuenta de nuevos territorios conquistados, sino también para informar de los avances en el campo de batalla, casi como un corresponsal.

En la Edad Media, el viaje como vehículo de información se halla en los textos de los vikingos, que comunicaban sus hallazgos y hazañas con las sagas. También, en las guías escritas por mercaderes y peregrinos —cargadas de datos prácticos—, así como en las *relaciones* de los embajadores y caballeros cruzados. Marco Polo, Guillermo de Rubruk, el franciscano Juan de Plano Carpino o Ruy González de Clavijo informaron sobre las maravillas de Oriente, los territorios de Asia central y la Ruta de la Seda. Otros lo hicieron de Bizancio, del país de los Hunos y el norte de África. Las crónicas viajeras de los árabes fueron las *rihlas*, como la del tangerino Ibn Battuta. Los monjes chinos fueron hasta la India en busca de los orígenes del budismo para luego hacer el recuento de esas travesías y aprendizajes en diversos escritos. Y aparecieron las autobiografías de quienes recrearon su paso por lugares remotos, como el trotamundos sevillano Pero Tafur, que recorrió buena parte del mundo conocido hasta entonces.

Entre los siglos XV y XVII, Colón, Cortés, Díaz del Castillo o Cabeza de Vaca trajeron la noticia del Nuevo Mundo a sus contemporáneos, a través de relacio-

nes y crónicas de Indias. Sus sucesores —el capitán Cook, Dampier, Drake, Bougainville y tantos otros— fueron, como ellos, los únicos testigos y narradores de la lejanía, en tiempos del Atlántico y, luego, del Pacífico. Los manuales del *ars apodemica* sistematizaron las ideas sobre el arte de viajar. Los misioneros jesuitas, capuchinos y franciscanos informaron del mundo con sus cartas, diarios y los reportes de las misiones de evangelización. Desde finales del siglo xvi, también se pusieron de moda las colecciones de libros de viaje, que pretendían reunir todo el conocimiento y facilitar la difusión de ese saber. Y aparecieron asimismo los primeros periodistas —Addison, Fielding, Smollett, Johnson, Boswell, Defoe, Sterne o Walpole en Inglaterra; Prévost, Rousseau y Diderot en Francia, que eran viajeros, compiladores o editores de libros de viajes—. Y la prensa, que contaba con interés las noticias del mundo, tomó sus primeros temas del desplazamiento: descubrimientos naturales y geográficos, conquistas y naufragios.

Para el siglo xviii, los antropólogos y naturalistas unieron en una sola figura el investigador racional con el viajero romántico, y demostraron que la descripción de la naturaleza necesita también de la sugerencia estética, que ellos exaltaron con sus viajes. Así, Humboldt, Goethe, Rousseau o Darwin dieron cuenta de la lejanía y el paisaje entre la ciencia y los sentidos. También los primeros exploradores de África se comportaron como auténticos corresponsales. El viaje se convirtió en un tema habitual en la prensa, y los periódicos se llenaron de crónicas viajeras para un público que, con avidez, demandaba información del extranjero. Del mismo modo, escritores tan disímiles como Flaubert, Stendhal, Madame de Staël, Ida Pfeiffer, Stevenson, Verne o los de la generación del 68 en España buscaron la emoción y la belleza en el movimiento y en lo exótico, donde, en una especie de nueva peregrinación —a Oriente, a las ruinas de Italia, a Asia y Suramérica—, encontraron temas, motivaciones y hasta un escape del desencantamiento del mundo.* Ninguno de ellos es comprensible sin sus desplazamientos.

Los viajeros también formaron parte de la evolución de la profesión con figuras como William-Howard Russell, enviado del *Times* de Londres a la guerra de Crimea en 1854, o John Reed, el periodista estadounidense que dejó el testimonio de la Revolución rusa en la prensa y en su libro *Diez días que estremecieron al mundo*. El viaje intervino en la fundación de las agencias de noticias a finales del siglo xix —los que informaban eran occidentales asentados en las colonias— y estuvo en el origen de los corresponsales de guerra. Los etnó-

* Como es sabido, el concepto lo desarrolló luego Max Weber en el siglo xix precisamente para referirse al proceso de racionalización y pérdida del misticismo en la sociedad moderna. WEBER, Max (2011): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.

grafos, como Leiris y Lévi-Strauss, se instalaron entre las culturas ancestrales para informarnos de ellas. Autores como Conrad o Gide denunciaron los excesos del colonialismo con sus ficciones viajeras. En el último siglo, el viaje se ha utilizado como marco y método de investigación para dar sentido al mundo y a los problemas contemporáneos, como el hambre, las migraciones o el cambio climático. Y los escritores del exilio y los testigos del horror de los campos de exterminio, el secuestro y los totalitarismos completan la historia del relato de viaje como información. Incluso recientemente se ha acentuado el carácter periódico de la escritura de viaje: blogs, revistas, páginas web especializadas y usuarios en redes sociales producen, sobre todo, gran cantidad de textos para turistas, como guías, artículos o folletos que promocionan destinos. La escritura de viaje actual es inseparable del turismo, pero también hay ejemplos meritorios, como *National Geographic*, o *Altair* en España, que más que hablar de lugares, acercan el mundo a sus lectores y favorecen su comprensión a través del contacto: sus autores se insertan en los lugares para proponer explicaciones, miradas, voces extranjeras y locales.

El buen periodismo sigue haciéndose al moverse. El periodista es siempre corresponsal, *flâneur*, viajero entre las noticias. El viaje se ha contado con las técnicas de la ficción, pero con gran apego a lo informativo. La historia de esta escritura va de «lo real maravilloso a lo maravilloso real»,⁶ de inventar lo sorprendente a realmente describirlo —viajando a la Luna, a los anillos de Saturno o a la profundidad del mar—. El viaje, al fin y al cabo, siempre es noticia.

Pero para informar hay que elegir los datos, y eso supone una relación mediada entre la realidad y su explicación, un proceso subjetivo. Harari cuenta que la capacidad de inventar historias sobre realidades que no existen fue precisamente lo que posibilitó nuestra evolución como especie, porque fue la vía para que un gran número de extraños cooperáramos con éxito, solo por creer en mitos comunes. Desde entonces, todo ha girado alrededor de contar historias, y de convencer a otros de que las crean.⁷ Así, ficción e información nacieron juntas: para contarnos unos a otros sobre los peligros que acechaban el campamento nómada, sobre los leones que había al otro lado del río, pero también en quién podíamos confiar y en qué mitos debíamos creer para afianzar nuestro grupo, entre ellos los relativos al origen, la idea de nación, el dinero, las leyes o la religión.⁸

Sin embargo, el proceso es incluso anterior. El propio lenguaje es el resultado de un proceso retórico, como explicó Nietzsche. El hombre no transmite percepciones, sino una copia de ellas, y por eso la verdad es «una hueste en movimiento de metáforas. Las verdades son ilusiones que se han olvidado que lo son».⁹ La primera creación ficcional del hombre es el lenguaje. «Todo decir miente», dice Chantal Maillard,¹⁰ y Rousseau aseguraba que el lenguaje comenzó con la metáfora.¹¹ Por eso no es posible pactar como *verdadero* ningún

hecho narrado (la *mímesis* siempre es imperfecta). Todo relato es, por definición, infiel: «La realidad no se puede contar ni repetir. Lo único que se puede hacer con ella es inventarla de nuevo», decía Tomás Eloy Martínez.¹² También lo explica Alberto Manguel en *Una historia natural de la curiosidad*:

Todos sabemos que los acontecimientos que experimentamos, en su sentido más pleno y profundo, sobrepasan los límites del lenguaje. Que ningún relato de cualquier suceso de nuestra vida, incluso el más pequeño, puede hacer verdadera justicia a lo que ha tenido lugar y que ningún recuerdo, por intenso que sea, puede ser idéntico a la cosa recordada. Tratamos de contarnos lo que pasó, pero nuestras palabras siempre se quedan cortas y aprendemos, después de muchos fracasos, que la mayor aproximación a una versión veraz de la realidad sólo puede encontrarse en los relatos que nos inventamos. En nuestras ficciones más poderosas, bajo la telaraña de la narración puede discernirse la complejidad de la realidad, como un rostro que es una máscara. La mejor manera que tenemos de decir la verdad es mentir.

Por eso es preferible hablar de verosimilitud: de cómo el hombre comunica la realidad para que su receptor la acepte como verdadera, aun sabiendo que se trata de intentos generalmente aproximados e incompletos. La escritura de viaje es consecuencia de un *hecho informativo*, se basa en un referente real —el recorrido— y está emparentada con el dato, el acontecimiento y el aprendizaje que tiene lugar durante el recorrido. «Noticia» viene de *nocere*, «conocer», nace del deseo humano de saber y transmitir conocimiento,¹³ y el viaje es tanto fuente como consecuencia de esas mismas intenciones. Como explica Maillard, *conocer* es el resultado de un extravío, de un alejamiento que permite la reflexión sobre lo propio, lo que sabemos, lo heredado y lo adquirido.* Y no es que todos los textos de viaje sean *ciertos* o completamente *verificables*, sino que la información que han transmitido, aunque se esconda detrás de una aproximación o mentira, se impone sobre la carga ficcional. Además sus estrategias narrativas han tenido importancia no solo en la escritura de ficción, en el origen de la novela, sino también en el periodismo, la comunicación cotidiana y sistemática de la realidad.

Un repaso histórico por la escritura de viaje permite proponer una clasificación del género en tres grupos, para concluir que, en todos, prima la información. En primer lugar, los *textos-guía*, aquellos que buscan orientar al lector en ciertos lugares, en los que autor y texto funcionan como cicerones. Su línea evolutiva comienza con los egipcios, con el *Libro de los muertos* que llevaban a

* Maillard utiliza este concepto para diferenciar el viaje del turismo. El viaje supone salir de lo propio para desestabilizarlo, para suscitar reflexión, mientras que el turismo va de lo mismo a lo mismo, para reforzarlo por medio de lo otro.